



ÉDOUARD WÉBER, O.P. LA PERSONNE HUMAINE. SA NATURE, SA SINGULARITÉ ET SON DEVENIR SELON THOMAS D'AQUIN. L'ANTHROPOLOGIE ET L'ÉPISTÉMOLOGIE THOMASIENNES. SOURCES BIBLIQUES, PATRISTIQUES, PHILOSOPHIQUES ET THÉOLOGIQUES. PARIS: VRIN, 2018. 482 P.

La presente obra del pensador dominico Édouard Wéber, aborda el tema central de la “persona”, buscando restituir el sentido riguroso del término, que es, fundamentalmente, de origen teológico: es la Biblia la que enseña nuestra dignidad de persona, en razón de nuestra facultad intelectual creada a imagen y semejanza de Dios, y así ordenada a la felicidad perfecta (p. 9). De esta manera, es en las exposiciones de los primeros doctores cristianos, esclarecedoras del lenguaje bíblico, en donde han de buscarse los primeros discernimientos en torno al tema de la “persona”. Así, luego de una breve “Introducción”, donde el autor alude a algunas referencias centrales al “yo personal” en algunos pasajes de la Sagrada Escritura, y donde destaca el tema bíblico del “nombre nuevo”, el dominico estructura su investigación en cinco diferenciados momentos: primero, examina las apreciaciones acerca del tema de la persona en San Justino, y algunos de los teólogos de la escuela de Alejandría (*i.e.*, Clemente y Orígenes), buscando mostrar cómo la fe cristiana, desafiando las antiguas creencias, suscita el discernimiento de la singularidad del sujeto humano; segundo, analiza los principales esclarecimientos en torno a la noción de “persona”, que se logran a partir de las discusiones e importantes trabajos de interpretación suscitados en el marco de los diversos concilios (*i.e.*, Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia); tercero, explora la teología, psicología y filosofía de la persona en Agustín de Hipona, Boecio, y Pseudo Dionisio Areopagita; cuarto, aborda la lectura tomasiana de la antropología y epistemología presentes en las *Sentencias* de Pedro Lombardo –en las que el tema agustiniano de la *mens* mantiene un rol central–, y de la noética de Aristóteles –en confrontación con la interpretación averroísta–, con la finalidad de evidenciar lo propio de la “nueva antropología” tomasiana; por último, expone los aspectos capitales de las epistemologías filosófica y teológica de Aquino, buscando dar cuenta de su notoria originalidad.

Atendiendo entonces a la primera parte, el autor reconoce en San Justino, filósofo y mártir, el primer bosquejo de una “teología del devenir humano” (p. 25). Aunque no dispone aún de las nociones técnicas elaboradas posteriormente, Justino sienta los fundamentos de una teología cristológica

según la cual Cristo es Logos y Sabiduría suprema. Creado a su imagen, el hombre, en virtud de su naturaleza intelectual, participa en una cierta medida de esta suprema Sabiduría que es la Palabra del Logos hecho carne. Esta participación está llamada a acrecentarse, mostrando el santo que, con la ayuda divina de la gracia, la existencia del hombre constituye una progresión hacia su realización personal. En la misma línea, Clemente de Alejandría centra su teología en la idea de Cristo-Logos, como el único capaz de proponer al hombre (“imagen de la Imagen”), las verdades que ningún otro filósofo pudo discernir: Maestro y Pedagogo, Cristo educa a cada sujeto humano en la progresiva comprensión de la Palabra de Dios hecho carne, resultando así promovido el hombre en la parte superior de su alma (*i.e.*, el *nous*), la cual constituye el principio de su singularidad personal. Finalmente, Orígenes, siguiendo a Clemente, subraya que es Cristo quien mejor revela el hombre a sí mismo. En efecto, Imagen perfecta del Padre, engendrado eternamente en y por la vida intelectual de Dios (sin que exista desigualdad de naturaleza entre ellos), el Hijo es perfecto conocedor del Padre, y así es capaz de revelárnoslo de manera privilegiada. Por otra parte, puesto que, en su inteligencia humana, Cristo está en sublime unión óptica con el Logos-Hijo de Dios, la vida humana del hombre Jesús –que es la vida del hombre en la mejor versión de sí mismo– participa en plenitud en la vida divina misma, y así Cristo se constituye en Modelo y Mediador para todos los fieles.

En cuanto a la segunda parte, el autor expone el tema de la persona, a partir de los esclarecimientos logrados con ocasión de los cuatro primeros concilios. Así pues, de Nicea a Constantinopla se trata de la elaboración de una epistemología teológica que permita comprender la revelación de Dios Uno y Trino (*i.e.*, tres Personas en una misma naturaleza común). En Nicea (325), se rechaza el arrianismo, el cual sostenía la naturaleza creada, el origen temporal y la ciencia limitada del Hijo-Logos. Con la ayuda de la introducción del término latino *persona* –que Tertuliano había tomado del derecho romano y que refería al “sujeto singular”, en cuanto actor responsable de una determinada operación individual–, se establece la singularidad subsistente del Padre y del Hijo en el seno de la común naturaleza divina. No obstante, deberán intervenir numerosos teólogos –*i.e.*, Atanasio, Basilio de Cesarea, Gregorio Niseno, Gregorio Nacianceno– para que la doctrina de la consubstancialidad entre el Padre y el Hijo (*homoousios*) deje de ser resistida (Constantinopla, 381): sólo cuando se logra sobrepasar la sinonimia entre, por un lado, “esencia”, “naturaleza”, “substancia” (*ousía*), y por el otro, “hipóstasis” (*hupostasis*) –entendiendo a ésta última como “sujeto singular subsistente”–, logra entenderse la Trinidad como el “co-existir” de las tres personas o hipóstasis en recíproca referencia, sin comprometer la estricta

unidad de la esencia divina común. Esclarecido este punto, queda sin embargo por resolver la cuestión de la relación entre la naturaleza divina y humana en la persona de Cristo: el apolinarismo –según el cual el Logos divino suplantaba, en la persona de Cristo, la inteligencia de la naturaleza humana asumida–, continúa en el horizonte de los teólogos. Los intensos debates conducen así a una primera determinación conciliar mínima (Éfeso, 431), siendo zanjada la cuestión recién en el Concilio de Calcedonia (451). En todo caso, estas discusiones aportaron discernimientos filosóficos de gran interés: fundamentalmente, una nueva noción de “persona” (*persona*) como sujeto activo que, en razón de su naturaleza intelectual y volitiva, “es” en relación viva con la realidad objeto de su actividad –quedando así el término griego *hupostasis* sobredeterminado por este nuevo sentido suscitado por la Revelación– (p. 116).

La tercera parte, explora el tema de la persona en Agustín de Hipona, Boecio, y Pseudo Dionisio Areopagita. Con respecto a Agustín, el autor se centra en el análisis del *De trinitate*. Siguiendo la afirmación bíblica de que el hombre es creado a imagen de Dios, Sabiduría suprema, el africano destaca la eminente dignidad de la *mens rationalis* (espíritu inteligente): en ella, la vida interior se explicita en un dinamismo operativo de *memoria*, *intelligentia* y *voluntas* (tríada principal de los poderes propios –en ejercicio activo y en relación recíproca– de la *mens* humana, creada a imagen de Dios Trino), por el cual el espíritu en su inmanencia se abre al descubrimiento y amor progresivo de las realidades del universo, de sí mismo y de Dios (bajo cuyo influjo trascendente actúa). El sujeto humano “deviene” entonces “persona”, a partir del enriquecimiento óntico que implica la relación con lo que no es él mismo: su Principio creador, y el mundo real, prioritariamente el de otras personas humanas (p. 155). En este proceso, la *mens* accede a un grado superior de semejanza con su Principio creador cuando acoge, por la gracia, la Palabra del Verbo-Logos encarnado. En segundo lugar, en cuanto a Boecio, Wéber subraya su definición de “persona”, lograda a partir de la diferenciación que establece entre naturaleza/*ousía* y persona/hipóstasis, primero en el ámbito de la teología trinitaria y cristológica, y luego en materia antropológica: “persona” significa “substancia singular subsistente de naturaleza racional” (p. 204), entendiendo por “subsistencia” (*ousiôsis*), “ser en acto” (*esse*). Para concluir, en cuanto al pensamiento dionisiano, se centra en la tesis del influjo causal noético trascendente del Cristo Logos, por el que cada sujeto inteligente humano –con la cooperación pedagógica de las Inteligencias o espíritus angélicos– es iluminado para la comprensión de las verdades reveladas. Para Dionisio –destaca Wéber– la naturaleza de cada sujeto inte-

ligente creado, siendo subsistente y personal, es siempre, más allá de las características comunes, única y original (p. 235): de allí que la asimilación de lo Revelado se vea adaptada a la receptividad intelectual de cada sujeto singular, en referencia al Logos divino –al mismo tiempo que el sujeto es invitado a gozar de la inmediatez del conocimiento de Dios (*amesôs*) según el don de la gracia–.

Finalmente, en las dos últimas partes el autor aborda el tema principal de su obra, a saber: la novedosa concepción tomasiana de la persona humana. En un primer movimiento, analiza la posición de Tomás en el contexto de la lectura de las *Sentencias*. A diferencia del Lombardo, que se limita al tema de la “potencia” o facultad humana (*vis*) para determinar la *mens* agustiniana y justificar su dignidad de imagen trinitaria, el Aquinate subraya que la imagen de Dios en el hombre es “en acto” y al menos “implícita”, cuando el “Yo personal”, consciente de sí, comprende que vive de una vida dinamizada por su Principio – que es su origen y fin último– (p. 261): la intelección del sujeto se beneficia entonces de la causalidad noética del Pensamiento divino, que promueve a todo sujeto inteligente a “ser en acto” (Aristóteles), imprimiendo en la inmanencia de la *mens* los principios universales, bajo el influjo dinamizante de la luz de las Ideas divinas (Agustín). En un segundo movimiento, Wéber analiza la interpretación tomasiana de la noética aristotélica. Rechazando las tesis averroístas del intelecto “posible” único para todos, y del intelecto agente como “esencialmente en acto”, el Aquinate distingue entre tres intelectos: *i.e.*, el “agente”, el “posible” –que no son en acto sino por intermitencia–, y el “intelecto en acto” (*in actu*). Éste último, refiere al intelecto posible en cuanto actuado de manera irreversible (*immobiliter*) por la forma inteligible obtenida *via* el intelecto agente, bajo el influjo causal noético trascendente del Primer Principio-Motor. La tesis tomasiana principal, de importancia incalculable, pero ignorada extrañamente por los historiadores del pensamiento tomasiano –subraya Wéber– es la determinación categórica del intelecto posible actualizado, como principio constitutivo de la esencia del alma humana en su singularidad (p. 286): de no-existente, el *nous* humano se vuelve realidad subsistente e incorruptible en razón de su operación intelectual, que le asegura la promoción definitiva a su “ser en acto” subsistente personal, y que es efecto del universal *motus* actuante causado por el Pensamiento que se piensa a sí mismo (*Metaph.* XII).

Para concluir, el autor desarrolla en la quinta parte, los rasgos centrales de las epistemologías filosófica y teológica tomasianas. En cuanto a la primera, subraya la conexión de la “concepción intelectual” según Tomás, con la actuación del intelecto humano en potencia y la realización efectiva de la

persona singular: esto implica, la presencia en la mente humana de las nociones trascendentales de ente, verdadero, bueno y uno, adquiridas mediante la promoción del intelecto humano a su “ser en acto”, y que enriquecen a la persona en su empresa de comprender el mundo real, hasta su Primer Principio. En cuanto a la segunda, Wéber destaca la lectura tomasiana del tema del intelecto en Averroes, señalando que, si bien Tomás refuta la tesis del intelecto único para todos, le adscribe, mediando una reinterpretación, un rol positivo desde el punto de vista de una epistemología teológica: el contacto actuante del Primer Principio Inmóvil de Aristóteles con el sujeto humano, sería este único intelecto “material” (p. 374) –tesis que le permitirá a Tomás dar cuenta de la posibilidad del conocimiento escatológico de Dios en su misma esencia–.

Cabe destacar finalmente que la obra incluye, junto con un listado de abreviaciones y convenciones, una acaudalada y minuciosa bibliografía de fuentes, traducciones y literatura secundaria, y un muy útil índice de nombres. Sin duda, este erudito y valiosísimo trabajo de Édouard Wéber, fruto evidente de varios años de estudio y reflexión, contribuirá a una mejor comprensión de la noción de “persona”, no sólo en el pensamiento de Tomás de Aquino, sino en su complejo proceso de surgimiento y progresiva determinación.

Fernanda Ocampo

UBA – UNR

fernandaocampob@hotmail.com